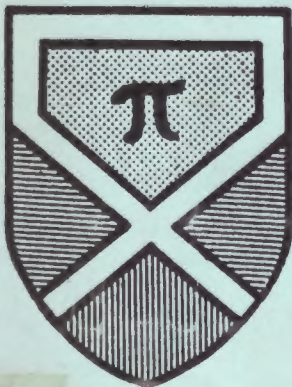


Documento ACOFI 05

**La Crisis de la Educación
Metas Cualitativas hacia el año 2000**

**Desarrollo Científico y Humanístico
de la Universidad Colombiana**



**ASOCIACION COLOMBIANA DE
FACULTADES DE INGENIERIA**

LA CRISIS DE LA EDUCACION

METAS CUALITATIVAS HACIA EL AÑO 2.000

Ramón de Zubiría

Antes de dar inicio a mi intervención de esta tarde, permítanseme unas breves palabras, en primer lugar, para expresar a los organizadores de este Seminario los sentimientos de mi gratitud por la honrosa invitación que me formularon para participar en él. En segundo lugar, para congratularme con ellos por el temario que se escogió para nuestra consideración y análisis. Por su pertinencia y oportunidad.

El ulterior desarrollo y agravamiento de la crisis mundial de la educación que tan lúcidamente fuera diagnosticado en la Conferencia de Williamsburg de 1967, así como la creciente descomposición que hoy cunde en las sociedades de todo el mundo, marcan con urgencia cada vez mayor la necesidad de ahondar en la consideración de aquella crisis y esa descomposición -en alguna forma relacionada- con el propósito de identificar mejor sus raíces, y diseñar, en lo posible, una estrategia educativa que rectificase los desvíos, corrigiese las fallas y enmendara las omisiones que pudieron contribuir a tal situación. No hacerlo sería grave error, sería incurrir en un peligroso riesgo que podría llevar a las instituciones educativas y, particularmente, a nuestras universidades, a continuar aportando su apoyo y respaldo a un desarrollo social que está muy lejos de ser ideal, caracterizado por su volumen más que por su grandeza, en el que casi desapareció todo respeto por la vida y la dignidad de la criatura humana. De allí la importancia del presente seminario. Abrigo la certeza de que cuanto en él se analice y discuta constituirá invaluable referencia que utilizarán nuestros centros educativos para un mejor y más alto cumplimiento de sus responsabilidades.

Dentro de la programación del Seminario se me encomendó como tema para mi intervención la formulación de algunas apreciaciones que, de algún modo, pudieran contribuir a la fijación de unas "metas cualitativas" en los prospectos de la educación colombiana hacia el año 2.000.

He estimado oportuno advertir aquí que las sugerencias que propongo, enderezadas a elevar la calidad de nuestra educación, aunque aplicables a cualquier tipo de institución educativa, por razones de su amplitud y de los niveles académicos que toca, aparecen, en consecuencia, dirigidas primordialmente a nuestras universidades y demás centros de educación superior. En todo caso, la intención que las dicta confía en que su aplicabilidad

no quede únicamente circunscrita a ellas.

Y ya para entrar en materia, por anticipado deseo tranquilizar a quienes atemorizados sospechen que el desarrollo de mi trabajo pueda resolverse en uno de tantos ejercicios de optimista planificación, o peor aún, de futurología, diciéndoles que no me haré reo de tal falla, entre otras razones, porque nunca me he sentido tentado por tales ejercicios, y, además, por el convencimiento que me asiste acerca de su futilidad y obsolescencia en una época como la presente, caracterizada por la incesante celeridad de sus cambios, por la cotidiana y desconcertante renovación de sus prodigios.

Esto equivale a decir que, en la actualidad, nada podría ser más ilusorio e incoherente que la conformación de pronósticos o proyectos a largo e incluso a mediano plazo, encaminados a planificar el futuro, pues tales intentos, por razón de su inconsistente durabilidad, muy rápidamente terminarían por confundirse con los relatos de ciencia ficción o la simple literatura fantástica.

De aceptarse la validez de estas observaciones iniciales, parece entonces legítimo inferir de ellas algunas conclusiones que tal vez merezcan ser tenidas en cuenta para cualquier ensayo de prospección en educación o a simple escala institucional:

- a) Que no parecen recomendables las planificaciones demasiado ambiciosas en su amplitud temporal;
- b) Que el procedimiento posiblemente más conducente para tales ensayos prospectivos parece ser el de limitarlos, en primera instancia, a efectuar un minucioso y crítico examen o balance de la situación actual del sistema o institución, con un propósito especial: el de calibrar y afinar su capacidad de "aggiornamento" con las cambiantes circunstancias de nuestro tiempo. Luego, y como un segundo y decisivo paso para su efectiva realización, indispensable será igualmente el asumir, dentro de un contexto de planificación realista y operante, una actitud o política de permanente evaluación y reajuste del desarrollo del proyecto.

Al respecto, y de pasada, oportuno será advertir que el intento de tal "aggiornamento" deberá producirse sin que ello implique, naturalmente, disminución alguna en la atención que toda expresa o institución educativa debe ejercitar para la defensa y transmisión de los valores esenciales que la cultura humana ha acumulado a través de los siglos.

Pues bien, al llegar a este punto, con el más esperanzado espíritu, y sin olvido de los riesgos de aparecer reiterativo, voy a repetir aquí, ampliándolas y complementándolas, algunas sugerencias que, a modo de pautas, había formulado ya, y que estimo pueden ser de utilidad para el balance o examen institucional que se propone atrás.

Parece sensato suponer que si el propósito final de tal ejercicio es el de fortalecer y elevar la pertinencia y, muy particularmente, la calidad de la educación que imparten nuestras instituciones, lo primero que en tal examen deberá ser cuestionado y replanteado es el concepto mismo que en ellas se tenga de calidad académica, de lo que hoy generalmente se llama "nivel académico", un concepto que, como lo delata y puede inferirse de la palabra "nivel", es más de medición que de valoración.

Así ocurre, en efecto, valga por caso, en referencia con la mayoría de las universidades. Porque en ellas a eso parece estar hoy circunscrito el "nivel académico": a realizar una medición de la eficiencia con que se produce la transmisión de conocimientos dentro de la programación establecida para la formación de profesionales. No creo exagerar. Porque los aspectos formativos del carácter, personalidad, criterio, sentido de responsabilidad social de los educandos, en suma, de su capacitación para una vida digna, personal y ciudadana, así como de su inventiva y potencial creativo, son factores que muy rara vez se incorporan como elementos válidos en una valoración de la calidad en la educación universitaria. Tan limitante concepto, desde luego, tendrá que ser sustituido por uno más amplio e integral de la calidad académica, el cual, a su vez, debería sustentar cualquier otra reforma encaminada hacia la excelencia. Lo contrario equivaldría a invalidar o debilitar tales reformas.

Y para seguir con el ejemplo de las universidades, punto clave en su examen institucional tendría también que ser la reconsideración de su orientación, de su rumbo y sus metas.

Sé bien que en algunos círculos académicos es éste un tema que, con frecuente ligereza, tienden a eludir quienes opinan que evaluaciones de este tipo sólo conducen a divagaciones académicas, más o menos interesantes, sí, pero, en su concepto, de muy relativa validez pragmática. Tal piensan, naturalmente, quienes rechazando cuanto pueda entorpecer o condicionar sus particulares preferencias en el orden académico, prefieren andar a la deriva. En discrepancia con ellos, otros hay que opinan, en cambio, entre los que me incluyo, que por ser la orientación de la universidad aspecto suyo esencial y no adjetivo, su consideración no es asunto que pueda ser ignorado alegremente por sus componentes.

En relación con este punto, personalmente pienso que la universidad ha desviado sus enfoques, al desentenderse de su radical compromiso con el hombre, para entregarse a un incondicional cultivo de la ciencia.

En una segunda instancia, y dentro del mismo encuadre de cuestionamiento de su propia orientación, impostergable resulta también para las universidades el replantearse la consideración de su identidad, hacer valoración del grado de su enclave y relación con el entorno social en que operan. En algunas, esa

preocupación por la identidad es casi inexistente. Son instituciones que no parecen tener ningún arraigo de tipo geográfico o cultural, que no parecen saber por qué, para qué, y, sobre todo, para quién existen o laboran. Son instituciones que podrían ser transferidas de Colombia a cualquier otra nación del planeta sin que pasara nada. Así se explica que nuestro egresado universitario sea, por lo general, un hombre desarraigado, casi siempre ignorante de las raíces históricas y el contexto geográfico de su país, desprovisto, además, de un satisfactorio dominio de su propia lengua, a la que en la universidad se le da menos importancia que a las lenguas extranjeras, especialmente al inglés. Tal situación, donde exista, obviamente, tiene que ser revisada y corregida.

Como corolario de lo anterior urge, asimismo, a la universidad, por constituir punto vital para el fortalecimiento de su calidad académica, intentar el rescate de su cohesión interna, hoy menguada en su fuerza orgánica por un régimen de islotes dispersos e inconexos, en veces agrupados artificialmente por materias que se suponen relacionadas.

Una diciente prueba de que tal situación existe es la insistencia con que al presente se habla en los claustros universitarios de interdisciplinariedad, y del empeño puesto en ellas por practicarla y estimularla. Tal empeño tiene, en verdad muy poco de novedoso. Bien visto, no es, en el fondo, más que un conato de retorno a la esencia misma de la universidad, la cual, desde sus inicios, según sabemos, tuvo como principal característica la de su concepción orgánica del saber. Pero es un conato desviado en sus procedimientos. Porque si la insularidad por disciplinas, la dispersión, casi sin contactos, por especialidades es lo que se busca corregir o atenuar con su implantación, ello no parece contar con mayores posibilidades de éxito, sobre todo si se insiste en continuar aplicando la interdisciplinariedad, como hasta el presente, por la yuxtaposición de materias o especialistas, lo cual puede ser útil, pero no suficiente. Y es que las disciplinas yuxtapuestas, como se ha observado, agregan, añaden, mas es poco lo que integran. El especialista, con su acotada visión de una provincia del conocimiento, no puede transmitir la concepción de su totalidad, y, menos, la emoción de la unidad del saber.

Esa tarea sólo puede cumplirla un personaje cada vez más escaso en el ámbito universitario: un profesor, conocedor en profundidad de la materia a su cargo, pero caracterizado, principalmente, por la vital universalidad de sus intereses, por un talento integrador que le permita evidenciar ante el estudiante la indivisible relación de los diversos sectores del conocimiento, un profesor que, exento de cualquier proclividad absorbente por el campo de su especialización, entienda que la educación es un esfuerzo cooperativo, cuya finalidad no es la producción en serie de egresados hechos a imagen y semejanza suya, sino la liberación en la unidad, y hacia la sabiduría y el amor, de las energías espirituales, siempre diferenciales, de cada uno de sus educandos, un profesor, en fin, capaz de hacer de la docencia una

empresa alegre, dinámica y apasionante.

Y pues que hablamos del profesor ideal, fijemos ahora nuestra atención en el área central del quehacer universitario: la docencia, también una de las más urgidas de replanteamientos y reformas en sus prácticas actuales, en tantos aspectos reducidas a simple pedagogía. Algunas de esas prácticas deberían someterse a radical modificación: el obligar a los alumnos a estudiar tanto que no les queda tiempo de aprender. O abusar del número de horas de trabajo en clase. La regla de oro debería consistir en hacer solamente en el aula aquello que el profesor y el estudiante no pueden hacer por separado. En esta forma se estimularía, de otra parte, la capacidad del alumno para estudiar por su cuenta, en forma independiente y mucho más creativa.

Hay otras muchas deficiencias y fallas en la docencia que deben ser rectificadas. Es necesario quitarle la condición que hoy usualmente tiene de actividad mecánica y de rutina, e insuflarla, en cambio, con un sentido de aventura espiritual, para que profesor y estudiantes sientan que, con cada curso, crecen juntos intelectualmente, que, con cada labor conjunta, se enriquecen espiritualmente.

Habrà, también, que despojarla de la burocratización que hoy empobrece su espíritu. Para ello es fundamental que el profesor entienda que sus funciones no constituyen un empleo o cargo, sino una exigente y nobilísima misión, que como tal debe ser asumida por él.

Y para fundamentar apropiadamente las posibilidades de robustecer su creatividad habrá que neutralizar en ella su frecuente tendencia a convertirse en pedagogía de masas, y purificarla del abuso de prácticas gregarias, hasta hacer entender al profesor que cada estudiante constituye un mundo singular, sagrado e intransferible, y que la docencia debe perseguir ante todo, el desarrollo del potencial espiritual, individual y único del alumno. Porque la creatividad no fue nunca masiva. Y encauzarla para que tenga como aspiración central el capacitar al estudiante no solo para la manipulación de los conocimientos del pasado, sino para asimilar, particularmente, los que surjan en el porvenir.

Y habrá, también, que rectificar el que parece su desvío mayor: el de su deshumanización. A tal fin, se deberá insistir sobre la necesidad de darle un clima de humana sensibilidad a la cátedra universitaria, propósito que sólo se alcanzará cuando volvamos de nuevo a la auténtica docencia, entendida, en lo esencial, como acto de amor, cuando el profesor vuelva a ser maestro, y recuerde que, para el estudiante, el profesor no es únicamente un transmisor de conocimientos, sino, ante todo, su más próxima y, a veces, su más alta referencia humana, su fuente de información y su compañero de formación. De allí que entre los dos tenga que mediar siempre un vínculo de afecto, el cual, obviamente, cuando no existe en el profesor difícilmente surgirá en el estudiante. Y porque esto con frecuencia se olvida, hay tanta gratuita y

escandalosa rigidez en la docencia, y tanta falta de humor.

En nuestras universidades abundan, generalmente, los profesores idóneos. Algunos entre ellos son excepcionales. Pero, en cambio, y en contraste con el pasado, al presente escasean en nuestros centros docentes los verdaderos maestros, es decir, los que enseñan, con huella indeleble, no sólo por su saber, sino por su presencia y con su ejemplo. Y esto es algo sobre lo cual se debería meditar, particularmente hoy, cuando comienza a reemplazarse al profesor o al maestro con las máquinas.

Finalmente, y como complemento indispensable para su plena virtualidad, habrá que restaurar a la docencia su encuadre ético. No hacerlo sería despojarla de uno de los ingredientes básicos para su calidad, atentar contra su esencia misma, la cual no reside en el simple traslado de saberes, sino en su contribución al mejoramiento moral de los hombres. Existe, además, otra ponderosa razón para que así sea. Porque, con una educación desprovista de su dimensión ética, nuestros planteles educativos estarían aportando una respuesta muy pobre y desorientada al problema más hondo y de más difícil solución del país: el de la descomposición moral que hoy poluciona todo su ámbito social, un tremedal del cual no saldremos por la sola acción de la ciencia y la tecnología, sino, ante todo, por la elevación que se dé a la condición moral de los ciudadanos.

Y, al lado de la docencia, habrá que hacer, igualmente, una evaluación de la investigación. Para redefinirla y reorientarla.

En primer lugar, importa definirla con precisión, a fin de no llamarse a engaño atribuyendo carácter de investigación a simple compilaciones de datos, a ingeniosas monografías o a lo que en España llaman "refritos". Luego, y cuidando que ello no redunde en menoscabo para los estímulos de la creatividad en los investigadores, deberá dársele una ordenación con estudiadas prioridades, una programación que, en cierta forma, sea más balanceada de lo que es en la actualidad. Por largo tiempo, el énfasis estuvo puesto, generalmente en las indagaciones de carácter científico o técnico por considerar seguramente que eran ellas las que podían hacer una mayor contribución al desarrollo nacional. Debería estudiarse la conveniencia de que tal política sea modificada. En ningún caso, para disminuir las investigaciones de carácter científico o tecnológico, sino para ampliar e intensificar las investigaciones en el área de las ciencias sociales. El país está urgido de ellas. Es muy poco, por ejemplo, lo que hemos investigado acerca de las complejas raíces de la violencia que tan devastadores estragos ha hecho entre nosotros, las cuales no pueden ser atribuidas tan sólo, como frecuente y precipitadamente se hace, a factores de índole económica. Tampoco es mucho lo que hemos hecho para estudiar, valga por caso, la condición y características de nuestro mestizaje, y mucho menos para ayudar a esclarecer, ordenar y preservar nuestra tradición cultural y patrimonio artístico. Anotemos, de paso, que esta última función ha sido por lo general, muy pobremente asumida por la mayoría de nuestras

universidades.

No voy a detenerme en la formulación de mayores apreciaciones sobre el estado actual de la administración en nuestros centros educativos, entre otras razones, porque en ellos lo fundamental en este campo -la relación de lo administrativo con el sector académico- generalmente funciona en términos aceptables, al menos en planteles de educación superior. Se implica con ello que la gestión administrativa no entraba, normalmente, el desarrollo de la programación académica, y funciona puesta a su servicio. De cualquier modo, no sobrará su revisión para rectificar sus deficiencias operativas y, en especial, para prevenir o evitar que con su creciente tecnificación cibernética y por el carácter masivo de la universidad contemporánea desaparezcan en ella los aspectos humanos.

Obviamente, dentro de los esquemas que se diseñen para el examen evaluativo de la universidad, una de las zonas que debería ser destacada para una especial y detallada revisión es la de la programación académica o curricular. Se propone que sea así habida cuenta que de todas las esferas del proceso educativo -en la universidad o en cualquier otro tipo de organismo consagrado a la educación- posiblemente la más importante sea ella. Y por varias razones. Por ser el área que mayor incidencia tiene en la ordenada marcha de toda la institución, siendo como es el punto de partida de todo lo demás; porque es ella la que pone, sitúa la mayor parte de los fundamentos e ingredientes de base con los cuales dotar de altura y calidad la actividad total institucional; y, porque, además, es en ella donde, con el diseño de programas, realmente, se objetiva y traduce a acción la orientación de todo sistema educativo.

La ponderación de tan importantes incidencias nos lleva lógicamente a suponer que debería ser ella también el área de la institución de más dinámica y creativa actividad. Empero, la realidad casi siempre es otra, porque es precisamente en ella donde la rutina parece haber instalado, con más fortuna, sus reales; donde hay menos innovación; donde la inercia, tradicionalismo y arraigada actitud de rechazo, por parte del profesorado, a cualquier propuesta de cambio hacen que la acción docente y académica, en general se cumpla en la universidad, año tras año, con la rotación de los mismos cursos, la aplicación de las mismas metodologías y una inmodificable docencia adocenada y poco estimulante, como atrás puntualizamos.

El señalamiento de todas estas fallas, fácilmente detectables por su protuberancia, está poniendo de relieve la posición prioritaria que debe dársele a la necesidad de modificar y renovar sus prácticas de diseño así como los procedimientos utilizados en su ejecución. Advertimos que la urgencia de tales reformas es menor para el área curricular que abarca las disciplinas especializadas de cada profesión. Usualmente sus diseños son acertados, aunque en su contra actúa la proclividad casi siempre existente -infundada, además, a niveles de pregrado- de recargarlos excesivamente, lo que deja un margen muy estrecho

para la inclusión en ellos de materias aparentemente no relacionadas en forma directa con la profesión. No. Donde particularmente hay más que modificar o instaurar es en el área de lo nebulosamente denominado como "cultura general", vale decir, de aquellos cursos o actividades encauzados a complementar y fortalecer la capacitación profesional de los estudiantes o diseñados simplemente para enriquecer lo que podríamos llamar "la atmósfera espiritual" de la universidad, un área esta última como es de suponer, de espectro más amplio y vario, dentro de la cual deberían estar incertos y discurrir todo el quehacer y acción de la universidad.

Importa anotar que cuando esa "atmósfera" deja de ser estimulante y rica de contenidos, y de ser tenida como parte esencial del proceso educativo, el quehacer académico de la universidad queda entonces reducido al mero esquematismo curricular de las profesiones, la calidad de la vida universitaria se empobrece, y disminuye el vigor de su calidad académica.

Pues bien, en el marco programático de esta segunda perspectiva son muchos los proyectos que podrían y deberían realizarse, los que, ciertamente, contribuirían a tonificar y elevar la calidad de la atmósfera general de la universidad. Es, pues, área que debería someterse a una apertura, diversificación y actualización de su temática.

Y decimos actualización, porque el hecho es que la mayoría de las universidades colombianas, centradas como están, primordialmente, en la cerrada ejecución de los currículos enderezados a la formación profesional, no parecen percatarse o se interesan muy poco por ir registrando e incorporando a su actividad académica, para su estudio y discusión, los problemas que casi cotidianamente van suscitando las grandes mutaciones de la época actual. Por eso parecen instituciones anacrónicas o desactualizadas.

Entre esos problemas uno de los que mayor desasosiego parece generar en el hombre contemporáneo, y que la universidad podría analizar, especialmente desde su órbita humanística, es el de la confusión conceptual en que al presente nos movemos. Y no por casualidad, sino como consecuencia del equivoco ámbito espiritual que distingue a nuestro tiempo, un momento crepuscular de la historia, del que sólo sabemos que con él se agota y finaliza una larga edad, y que, para reemplazarla, alborea ya una nueva era, sin que tengamos de ella noción distinta a los más vagos atisbos. Por contraste, en ese ámbito crepuscular, y como ocurre también con los crepúsculos de la naturaleza, lo que sí percibimos con una dolorosa lucidez, son los perfiles de cuanto acaba y comienza a desaparecer. Así, presenciamos, atónitos, cómo todos los valores que hasta ayer rigieron nuestros actos, los que sustentaron nuestro concepto de la dignidad del hombre y de la armonía social, se derrumban arrasados por la irrupción de otros valores, tan radicalmente opuestos a los que conocimos, que sólo podemos concebirlos como "antivalores". Por eso nos movemos entre

no
nde
rea
vale
tar
o
"la
omo
ual
de
er
rte
la
ano
ida
dad
iva
los
dad
que
ión
las
te,
la
muy
ca,
asi
oca
o
ece
ría
la
por
ual
la
una
ra,
os.
ión
con
nza
los
que
la
ros
ólo
tre

confusiones, entre equívocos conceptuales. Libertad, justicia, amor, familia son, por ejemplo, palabras que perdieron su claridad conceptual. Ya no sabemos con exactitud lo que son y significan. Y por no saberlo, actuamos torpemente. Yo sé de hombres, por ejemplo, que no son honestos porque sencillamente ignoran en qué consiste la honestidad.

Otras muchas observaciones podrían aún formularse acerca de la calidad en la educación. Mas, como es hora ya de cerrar mi intervención, digamos, para resumir, que las sugerencias expuestas en ella a manera de metas cualitativas para la educación colombiana hacia el año 2.000, aparecen centradas en torno a dos propuestas básicas: 1) la de asumir una cautelosa posición de rechazo ante optimistas proyectos de planeación en el campo educativo, dada la incierta validez que tienen frente a los veloces y permanentes cambios de nuestro tiempo; 2) la de sustituir las políticas de planeación al uso por una nueva estrategia, más simple, pero más realista y viable, que estructurada sobre una actitud de permanente evaluación y reajuste haga posible, en todas las instituciones educativas, una renovación que acompañe su marcha con el acelerado ritmo del actual proceso histórico.

Como paso previo para la adopción de esa nueva estrategia se propone la realización de un amplio examen de conciencia institucional que abarque todas las áreas, a efectos de identificar sus fallas y, luego, someterlas a las reformas que en ellas urgen para la elevación de su calidad y eficacia operativa.

Algunas de esas propuestas tienen el carácter de recomendaciones. Así, la de que la universidad se replantee y ajuste su actual orientación, y se cuestione sobre la condición de su identidad, la naturaleza de su enclave en relación con el entorno social en que actúa. Se propone, asimismo, a la universidad el intento por recuperar su cohesión interna, hoy tan laxa y dispersa. Y, también, que se haga una revisión a fondo en tres áreas en particular: 1) En el área curricular, para que se rediseñen los programas en forma tal, que con los nuevos esquemas se estimule en el estudiante una participación más activa, independiente y creativa en los procesos de aprendizaje. De otra parte, que se realicen los nuevos diseños con una intención de mayor equilibrio y apertura que parejamente enriquezcan los estudios profesionales y "la atmósfera espiritual" de la institución. 2) En la docencia, para despojarla de toda práctica rutinaria, para actualizarla y transformarla en una experiencia eminentemente creativa, para humanizarla y devolverle su sentido de misión y aventura y su contenido ético. 3) En la investigación, para redefinirla y balancearla mejor.

En el desarrollo de la ponencia que se encomendó a mi cuidado, y particularmente en la formulación de sus recomendaciones, puse especial empeño por colocarlas en el nivel de concreción que mejor facilitará el acceso a ellas y a su aplicabilidad. Gratificante sería saber que tal empeño no quedó sin usufructuario.

CONTENIDO

ICFES

INSTITUTO COLOMBIANO PARA EL FOMENTO DE LA EDUCACION SUPERIOR

DIVISION DE FORMACION AVANZADA

2.1.1. La Universidad Colombiana
2.1.2. Origen
2.1.3. Propósito de este análisis
2.1.4. El saber y los valores
2.1.5. Concordancia entre el saber y los valores
2.2. La Universidad inspirada por la corriente de la ilustración
2.2.1. La Universidad europea
2.2.2. Origen
2.2.3. Primer impulso de la ciencia moderna
2.2.4. Desarrollo humanístico incorporado al nuevo método
2.3. La Universidad pública
2.3.1. Origen
2.3.2. Apertura científica e implicaciones morales
2.3.3. Enfrentamiento de las dos corrientes humanísticas
2.3.4. Sentido histórico del anterior enfrentamiento

"DESARROLLO CIENTIFICO Y HUMANISTICO DE LA UNIVERSIDAD

COLOMBIANA"

2.4. Primera etapa: universidades liberales
2.4.1. Origen
2.4.2. Desarrollo científico e industrial
2.4.3. Desarrollo humanístico
2.4.4. Segunda etapa: universidades contemporáneas
2.4.5. Origen y características
2.4.6. Avance científico
2.4.7. Desarrollo humanístico
2.4.8. Nueva convergencia
2.4.9. a. Aperturas del univer
2.4.10. b. Desafío de la
con respecto a
2.4.11. c. La en la cultura
investigación.
2.4.12. d. Regulación crítica
sobre el sistema

Ponencia presentada por
HUMBERTO SERNA GOMEZ
Director General ICFES, al
Simposio "El papel de las Univer-
sidades en el Desarrollo de Amé-
rica Latina"
Con la colaboración de:
Fabio Moreno Narváez, Profesio-
nal Especializado-División de For-
mación Avanzada - ICFES.

Bogotá, junio 26 de 1985



CONTENIDO

INTRODUCCION

1. La Universidad colonial
 - 1.1 Origen
 - 1.2 Propósito de este análisis
 - 1.3 El saber y los valores
 - 1.4 Concordancia entre el saber y los valores
2. La Universidad inspirada por la corriente de la ilustración
 - 2.1 La Universidad borbónica
 - 2.1.1 Origen
 - 2.1.2 Primer impulso de la ciencia moderna
 - 2.1.3 Desarrollo humanístico incorporado al nuevo método
 - 2.2 La Universidad pública
 - 2.2.1 Origen
 - 2.2.2 Apertura científica e implicaciones morales
 - 2.2.3 Enfrentamiento de las dos corrientes humanísticas
 - 2.2.4 Sentido histórico del anterior enfrentamiento
3. La Universidad colombiana del siglo XX
 - 3.1 Primera etapa: universidad liberal
 - 3.1.1 Origen
 - 3.1.2 Desarrollo científico e industrial
 - 3.1.3 Desarrollo humanístico
 - 3.2 Segunda etapa: universidad contemporánea
 - 3.2.1 Origen y características
 - 3.2.2 Avance científico
 - 3.2.3 Desarrollo humanístico
 - 3.2.4 Nueva convergencia entre ciencia y valores
 - a. Apatía del universitario frente a los valores
 - b. Desenfoque de los planes de estudio y su método, con respecto a la formación humana.
 - c. Fe en la ciencia y la tecnología e interés por la investigación.
 - d. Reflexión crítica de la ciencia y la tecnología sobre el alcance social de los logros.

DESARROLLO CIENTIFICO Y HUMANISTICO DE LA UNIVERSIDAD

COLOMBIANA

INTRODUCCION

El tema de este trabajo había sido enunciado inicialmente con la pretensión de contemplar el desarrollo de la universidad latinoamericana. Hemos querido finalmente delimitar el ámbito de nuestras apreciaciones a la universidad colombiana, la cual como la de cualquier país del Continente, tiene algunas variables que solo a ella pertencen. Sin embargo, es un hecho que salvo esas no decisivas variables, la universidad latinoamericana ha cumplido una trayectoria común, lo cual permite extender a ella lo fundamental que aquí decimos expresamente de la universidad colombiana.

En otras épocas y en latitudes distintas a la nuestra, han coexistido diversos tipos de universidad; pero dados el origen común de estas naciones latinoamericanas, su similar desarrollo socioeconómico y sus comunes problemas, la universidad se ha acoplado a esa situación general, en su calidad de pieza del engranaje total y consecuentemente existe la universidad latinoamericana como tipo de institución, con sus características peculiares.

En el título de la ponencia, se enuncia el desarrollo científico y humanístico de la universidad colombiana. Explicamos a continuación estos términos: no se trata de constatar en forma detallada y progresiva cuáles han sido los avances o logros científicos efectivos de la universidad; ni se pretende describir a continuación y con alguna amplitud, los preceptos o los valores morales que las universidades quieren infundir en sus estudiantes, en orden a su formación humana.

Lo que aquí se intenta presentar es el desarrollo del interés y de la actitud científica; lo que nos interesa es verificar cuál ha sido el impulso hacia la ciencia; hasta donde se ha querido comprometer la universidad con la búsqueda del saber, lo cual constituye su razón de ser.

Y en el campo humanístico, el propósito es indagar qué clase de hombre, en general, ha querido formar la universidad, cuál ha sido el ideal de la formación humana que imparte. En este punto, de modo particular, es necesario ir más allá de las palabras, trascender las apariencias y atenernos a los hechos reales.

Pero no queremos que las dos líneas anteriores queden sueltas o independientes; nuestra pretensión es llegar a un tercer plano en el cual establezcamos la correlación o convergencia entre lo científico y lo humanístico. -Ha existido de hecho, alguna convergencia entre el impulso que se ha querido dar a la ciencia y los resultados o repercusiones en la formación humana de los

estudiantes? - O más bien la formación científica y la humana van cada una por su lado o en forma de dos líneas paralelas que no se tocan la una con la otra?

Demos por sentado que, de modo expreso e intencional no ha habido, en la mayoría de los casos, un propósito o intención moral en la formación científica; pero otra cosa será quizás la correlación que se encuentre de hecho entre el cultivo y la difusión de la ciencia y el tipo de hombre que de allí resulte.

Podríamos formular anticipadamente la hipótesis de que existe una estrecha correlación entre la evolución de la actitud ante el saber y el talante moral de los estudiantes. Es posible que por este camino encontremos una ley constante que nos oriente hacia una nueva concepción del humanismo contemporáneo y de la formación humanística. La confirmación de la ley insinuada tendría gran importancia para que la universidad supiera orientar con claridad la formación integral del estudiante.

Por lo que respecta al método, no se pretende realizar una investigación de carácter histórico. Se han realizado ya muchos estudios de este tipo, los cuales aquí se dan por conocidos y supuestos. Tomando pues como base los autores tanto de orientación histórico-descriptiva como crítica que en forma diversa se han ocupado del tema, trataremos de proponer un reexamen o repaso crítico, de carácter más bien filosófico. Al realizar este repaso procuraremos además desentrañar y hacer patentes los intereses y fuerzas que se conjugan en el acontecer universitario; en este sentido será necesario ir más allá de los hechos y de los enunciados de principios, para interpretar los sentimientos y actitudes que a veces parecen ser irrelevantes, pero que contienen el verdadero nudo de la cuestión.

La exposición del tema enunciado tiene como es lógico, un objetivo principal: que la universidad, consciente de su propio proceso de desarrollo y de su propio ser, asuma el peso de su tradición y no solo se preocupe de producir y difundir la ciencia en las diversas áreas del conocimiento sino que obre con una actitud científica y crítica hacia ella misma, estableciendo así un equilibrio o igualdad entre su función y su ser.

Este objetivo puede quizás aparecer más claramente y hacerse más asequible si lo expresamos en forma negativa, diciendo: la universidad sabe que su función es producir ciencia y difundirla a través de su actividad docente, pero no sabe claramente lo que es ella misma: está expuesta a tratar de sobrepasar sus propias posibilidades en el concierto social, creyendo que de un momento a otro puede cambiar a la sociedad, o a quedarse a mitad de camino y no comprometerse con las exigencias del desarrollo. El exceso y el defecto, son señales de que ella no se ha encontrado a sí misma; de que no ha logrado identificar su propio ser.

Solo identificándose ella misma plenamente, alcanzando su propia autoconciencia y su mayoría de edad, conociéndose con un saber reflexivo y científico, estará en capacidad de entrar en el

diálogo y en la interacción con otras fuerzas vivas de la sociedad.

Este objetivo, necesariamente tendrá que quedar al principio meramente enunciado; pero esperamos que el transcurso de esta exposición lo deje plenamente clarificado.

Un repaso de la evolución histórica de la universidad colombiana a lo largo de sus tres siglos y medio de existencia, nos puede mostrar la validez de la hipótesis enunciada; para ello recorreremos tres momentos:

1. La universidad colonial o de tipo escolástico.
2. La universidad inspirada por la corriente de la ilustración.
3. La universidad colombiana del siglo XX.

1. LA UNIVERSIDAD COLONIAL

1.1 Origen

Es un hecho innegable que para entender a la universidad de hoy, tenemos que remontarnos hasta sus orígenes; pues la universidad actual recibe mucho de la corriente que se remonta ininterrumpidamente hasta la universidad medieval.

Los orígenes de algo siempre dan muestras de gran vigor: así, la universidad medieval manifiesta su fuerza como institución. No surgió ella por singular providencia y protección de poderes extraños a la misma; fue originalmente una agrupación gremial creada por profesores y estudiantes que tenía como propósito el cultivo y difusión del saber de la época. Podemos pues decir que tenía vida propia como institución del saber: sus estamentos fundamentales, o sea profesores y alumnos hacían valer sus propios derechos, aunque también es verdad que siendo la iglesia el último árbitro de la verdad, las cuestiones pertinentes a la ortodoxia estaban sujetas al supremo veredicto de la autoridad eclesial.

Pero las instituciones que inicialmente logran afirmarse en la existencia por el vigor vital que en ellas mismas bulle y las hace germinar, tienen que atravesar por momentos de decadencia y por amenazas de muerte.

Es lo que ha acaecido también a la universidad; cuando la Institución universitaria fue transplantada a las tierras de este nuevo mundo, ya daba muestras de debilitamiento; en efecto la universidad colombiana, y en general la latinoamericana de la época de la colonia, no posee el vigor institucional y académico de la medieval.

Institucionalmente no surge de fuerzas o impulsos propios, sino del interés o propósito de otra institución maternal y benefactora que es la iglesia; académicamente no busca la configuración o creación de un saber nuevo, sino la asimilación y transmisión del saber ya acumulado por los grandes maestros del medioevo.

De esta universidad debilitada, enajenada queremos hablar en primer lugar.

1.2 Propósito de este análisis

De muchas maneras y con diversos enfoques se puede hablar de la universidad colonial. Encontramos exposiciones de carácter histórico-decriptivo que nos muestran, a veces con lujo de detalles los pormenores de las acciones llevadas a cabo para su creación, las

normas o documentos que les dieron legitimidad a cada una de las instituciones particulares; cómo se seleccionaban las personas que ingresaban a ellas; cuáles eran los métodos y los contenidos de la enseñanza; cómo se desarrolló su actividad académica y su actividad social; sus reglamentos, etcétera. Todos estos son elementos valiosos para descubrir lo que en un momento dado es capaz de realizar la universidad en el seno de la sociedad.

Encontramos también estudios que tienen como objetivo defender a la universidad y su proyección en beneficio de una cultura y de unos valores que se consideran inamovibles. Tales estudios de carácter apologético no parecen resistir el avance y desarrollo que ha registrado la misma universidad, al hacerse más consciente de sí misma e ir adquiriendo su mayoría de edad.

Registramos en tercer lugar análisis críticos acerca de la universidad colonial; según ellos, esta universidad, como su nombre lo indica, no hizo otra cosa que servir de instrumento a la explotación colonialista. Sin negar este aspecto, hay que afirmar que un análisis crítico integral no debe absolutizar uno de los elementos presentes: la necesaria evolución de la historia no se compadece con criterios valorativos absolutos. No pretendemos hacer una síntesis de la descripción histórica de la universidad; tampoco nos interesa hacer la apología o el ataque frontal a la universidad latinoamericana de los siglos XVII y XVIII; hemos optado más bien por mostrar su desarrollo positivo o su proyección histórica, teniendo como presupuesto los datos suministrados por los historiadores y las apreciaciones tanto de orientación apologética como crítica que formulan los comentaristas.

1.3 El Saber y los Valores

La universidad colonial es apenas un remedo de la universidad medieval: se preocupa de conservar las doctrinas y métodos de ésta; la creatividad la había perdido por influjo de fuerzas mayores, desde antes de ser transplantada a América y por eso había caído ya institucionalmente a un rango de segundo orden; esto equivale a decir que ya carecía de identidad propia; en realidad era apenas un apéndice o prolongación de la iglesia, al servicio de ésta. De ahí que la universidad de la colonia se puede caracterizar como una institución de tipo eclesial, académicamente fundada en la doctrina escolástica. La anterior caracterización de la universidad colonial no debe tomarse como minusvaloración de ella; en efecto correspondía a su época y en honor a la verdad hay que decir que aportó lo que debía aportar en su momento histórico.

Al descubrirse el nuevo mundo, la iglesia sintió revivir en sí misma su capacidad y su carácter universal y proyectó hacia estas tierras su acción evangelizadora.

Uno de los instrumentos de esa acción, era la universidad: ya existía un cuerpo de doctrina consolidado, era el sistema escolástico: bastaba transplantarlo a este nuevo mundo. El sistema escolástico enriquecía a la fe con la manifestación de su racionalidad: razón y fe eran concordantes; esta era una afirmación fundamental de la escolástica. Como sistema completo que respondía adecuadamente a la imagen del mundo y a la concepción del hombre propias de la época, el saber no necesitaba esforzarse en el cultivo de las ciencias experimentales.

La universidad debía formar ante todo hombres dentro de la doctrina de la iglesia; ellos debían ser los líderes de la acción entre los pueblos, capacitados como estaban con la ciencia por excelencia, en el estado de desarrollo que correspondía a esa época: se formaban doctores que sabían dar razón de las cosas atinentes a la fe, las cuales resultaban oscuras para el simple creyente. Se concebía el sistema escolástico como un cuerpo de doctrina ya acabado, que satisfacía las necesidades esenciales del hombre: bastaba asimilarlo. De ahí el método de estudio y de enseñanza de carácter pasivo y memorístico.

El saber que correspondía a la época era un saber que se fundaba a priori en la razón. Ya se insinuaba y se reclamaba el otro saber que procede a posteriori, o de la experiencia; pero las universidades no lo acogieron; es verdad que se enseñaba algo de matemáticas y de física; pero estos rudimentos de la nueva ciencia no alcanzaban todavía a constituir el nuevo método. Las necesidades de la época no alcanzaban aún a plantear la exigencia de la técnica moderna: era una sociedad agraria, comercial y minera y las actividades se desarrollaban con los métodos y las prácticas más primitivas, transmisibles por tradición, en las cuales para nada entraban conocimientos científicos o técnicos.

No se puede pues afirmar que la universidad de la época colonial fuera pionera en el surgimiento o implantación de la ciencia moderna en el continente americano. Así como la ciencia tenía su primer fundamento en la verdad revelada, asumida por la fe, también los preceptos que tenían que ver con el comportamiento de los individuos se apoyaban en la fe religiosa. Los valores y los preceptos morales no tenían su fundamento en una vivencia personal, sino en el precepto de origen divino; faltando por tanto lo que en la época moderna se considera esencial, que es la vivencia o convicción

interna, era necesario reforzar los móviles externos como el temor a los castigos eternos y aún a las sanciones terrenas. De ahí la fuerza de la institución inquisitorial. La universidad de la época de la colonia, como hija de su ambiente histórico-cultural se movió en esta disposición espiritual. América recibía la herencia de la cultura occidental y se hacían esfuerzos considerables para preservarla; la universidad por su parte asumía una actitud de liderazgo al respecto por medio de la teología y el derecho, que eran las materias fundamentales.

1.4 Concordancia entre el saber y los valores

Un aspecto de capital importancia que corresponde a la época y que caracteriza el sistema docente de entonces, es la concordancia o identidad entre el saber y los valores. Existía, como hemos dicho, un saber consolidado; los conocimientos nuevos que pudieran surgir eran considerados como accidentales, es decir que en nada podrían cambiar el saber fundamental; se trataba pues solamente de hacer que se asimilara ese saber y que la vida de la sociedad y de los individuos se ajustara a él plenamente: la moral debía concordar con el saber de la época.

De una parte, el saber fundado en la fe, establecía la dignidad de la persona humana: todos los hombres son hijos de Dios e iguales ante él; de otra parte se daba de hecho la desigualdad de los individuos en este mundo. Sobre estas bases se debía fundar la acción y la moral: hay que traspasar las apariencias terrenales y las condiciones externas para llegar a lo más valioso que es la persona; no importa que se trate de un esclavo: también este merece respeto y amor. En concordancia con esta doctrina, la iglesia salió en defensa de los nativos y de los negros y exigió el cumplimiento de las leyes de la corona, que defendían a los débiles del abuso de los Adelantados y Gobernadores.

La misma universidad era un bastión elitista, para usar un calificativo moderno: el ingreso a las universidades estaba reservado para quienes comprobaran limpieza de sangre, es decir, que descendían de criollos o españoles; esta discriminación admitía excepciones, pero la regla general era acorde con la concepción del orden establecido por Dios en este mundo: el ideal era una situación social equilibrada, dentro del desequilibrio ya establecido entre los nobles, destinados a gobernar y los indios, destinados a la sujeción. La formación que se impartía en las universidades estaba orientada a formar a los dirigentes que enseñaran y velaran por el cumplimiento de lo enseñado: la vida debía coincidir plenamente con la doctrina.

Quizás sea más exacto no hablar de humanismo en esta época ; ni tampoco de valores, si por valor entendemos lo que responde a la tendencia interior del hombre y lo que le da satisfacción y plenitud en este mundo; la doctrina medieval y escolástica que se prolonga en la universidad colonial, proyectaba el hombre más bien hacia el cielo; para superar la dureza y dificultad de la ley externa se requería la gracia de Dios que debía hacer suaves los preceptos y sublimar los instintos.

No hay duda de que esta formación consistente en la transmisión de un saber considerado como acabado e inmodificable y en la prescripción de unos preceptos morales, imprimieron su impronta en estos pueblos iberoamericanos. Desde el punto de vista educativo se podría considerar la imposición de aquella cultura como degradante y violatoria de los derechos de los nativos; pero superando el terreno del deber ser y situándonos en la realidad de los hechos históricos irreversibles, se puede afirmar que esa dura disciplina, acompañada de la afirmación de los derechos del individuo o de la persona, fueron disponiendo los ánimos para algo tan positivo como es la afirmación de los valores internos que deben concordar con la tendencia interior de la persona: se va pues abriendo, penosa y lentamente, el camino hacia la libertad.

Este camino de educación y formación hacia la libertad, es el sentimiento que proclaman en ocasiones nuestros pensadores y poetas y que quedó expresado en una de las estrofas del himno antioqueño:

"Forgen déspotas tiranos
largas y duras cadenas
para el esclavo que humilde
sus pies de rodillas besa;
yo que nací altivo y libre
sobre una sierra antioqueña
llevo el hierro entre mis manos
porque en el cuello me pesa." (1)

Si tratáramos de caracterizar en una apretada síntesis la universidad de la época colonial, podríamos decir que transmitió el saber y los valores acordes con la época; pero al ejercer su acción propia, dispuso a los espíritus para ir en busca de otro saber y otros valores; ella gestó en su propia seno una vida o una cultura que la superó; la universidad colonial como tal, no logró evolucionar en sí misma; pero el nuevo principio que suscitó supo encontrar nuevos caminos: la universidad colonial trató de perdurar simultáneamente con la moderna y se creó una cierta duplicidad en los estudios superiores.

2. LA UNIVERSIDAD INSPIRADA POR LA CORRIENTE DE LA ILUSTRACION

La universidad influida por la corriente ilustracionista, registra dos momentos: el primero es la universidad bajo el influjo de la corona española y que aquí denominamos borbónica; el segundo es la universidad que se inicia bajo el signo republicano y que llamamos pública. Ambos momentos coinciden en cuanto se afianza en ellos, y de modo creciente como veremos, el espíritu individualista.

2.1 La universidad borbónica

2.1.1 Origen

En la segunda mitad del siglo XVIII la universidad colonial se vió amenazada por una fuerza nueva y extraña; esta fuerza que desde Europa irrumpió en América fue la ilustración. Si antes el saber se fundaba en los principios de la fe y la autoridad, ahora surge un nuevo principio: es el fundamento subjetivo, la razón; la conciencia tiene que experimentar por sí misma aquello que es verdadero y bueno; va tomando fuerza un nuevo método, que es el método experimental: la razón empieza a afirmarse por sí misma; a la efectividad práctica de las leyes de la razón se la ha llamado ilustración.

La lucha entre la universidad colonial y el nuevo espíritu que se esfuerza por llegar a la universidad fue dura, pues no se circunscribió a las cuestiones del método del saber, sino que trascendió a las instituciones que veían comprometido en ello su poder: la iglesia y el estado.

Por lo que se refiere a la América hispánica el punto de apoyo del nuevo espíritu ilustrado fueron los reyes borbónicos, sobre todo Carlos III; y los impulsores de la ilustración en Colombia, Francisco Antonio Moreno y Escandón, José Celestino Mutis, Francisco José de Caldas y otros.

Se pudo hablar ahora de la creación de una nueva universidad; es nueva en el pleno sentido de la palabra; pues las muchas instituciones universitarias que se habían fundado hasta entonces, eran herederas del espíritu de la universidad medieval; pero desde fines del siglo XVIII se puede empezar a hablar de la universidad moderna. Sin embargo esta nueva vida universitaria, no surge de la universidad como

institución, ni del vigor de su método científico y del saber, sino de las necesidades e intereses del estado; este experimenta la necesidad de crear la universidad que responda a sus requerimientos o sea la universidad del estado. Esto fue lo que trató de hacer el Virrey Guirior cuando en 1774 encomendó al fiscal Francisco Antonio Moreno y Escandón (1736-1792) la elaboración de un plan para fundar la universidad pública, aprovechando para ello los bienes expropiados a la compañía de Jesús.

Los vientos que empezaban a sentirse en América, soplaban ya y quizás con mayor eficacia en Europa; pues, por ejemplo en Francia, Napoleón creó en 1806 la "universidad imperial" como un servicio público, sometido al gobierno, sin autonomía, y cuyo principal cometido era la preparación de profesionales y funcionarios.

2.1.2 Primer impulso de la ciencia moderna

El plan de Moreno y Escandón introducía el estudio de las matemáticas y de la física; en las áreas tradicionales o sea en el derecho, la teología y la filosofía, lo nuevo consistía en proscribir el aprendizaje memorístico y el criterio de autoridad; en tal virtud se eliminaba el juramento de fidelidad a la doctrina de Tomás de Aquino. Se permitían otros autores especialmente franceses, algunos de los cuales eran defensores de la primacía de la potestad real frente a la iglesia.

Se abría camino, con el nuevo método científico, la afirmación de la razón, la cual debe llegar por sí misma o desde su interior a percibir la verdad: este es el principio fundamental de la ilustración; en efecto, el plan al permitir a los estudiantes comparar diversos autores (todos católicos, ciertamente) pretendía "que la elección sea libre y gobernada por la razón, sin formar empeño en sostener determinado dictamen" (2).

Si repasamos la historia que va desde fines del siglo XVIII hasta comienzos del XIX, vemos que la universidad no logra adquirir con fuerza y nitidez los auténticos rasgos de la ilustración: hay una simbiosis entre el espíritu medieval que inspiró a la universidad colonial y el espíritu ilustrado que inspiró a la universidad republicana. Nosotros no pretendemos, ni podemos hacer aquí un repaso detallado de toda esta época de contraste de fuerzas; pero podemos afirmar que esencialmente la universidad conserva la misma figura de antes; lo que cambia son los gestores ocasionales de la vida universitaria y el mayor o menor campo que en determinado momento se quiera dejar a la razón, para que

esta avance guiada por el espíritu de la ilustración hacia la ciencia.

2.1.3 Desarrollo humanístico incorporado a la ciencia moderna

Para nuestro propósito, hay un tema en el cual debemos detenernos un poco más; se trata del desarrollo humanístico que se registra en nuestra universidad durante el tiempo que venimos analizado.

Este desarrollo humanístico se realizará a través de una lucha al principio un poco velada y luego más acerba. En efecto, Moreno y Escandón hacía una crítica a los estudios tradicionales y los calificaba de " inútil jerigonza", de verbalistas, dogmáticos y carentes de aplicación práctica; frente a esto presentaba la exigencia de incorporar a ellos las ciencias útiles indispensables para el aprovechamiento de las riquezas del reino; pero luego, adoptando una posición ecléctica, intentaba armonizar la nueva orientación del los estudios con la tradición, manteniendo el contenido católico y aún escolástico de los estudios que más directamente podían influir en la formación moral, religiosa y política de la juventud. Se aprecian en el plan Moreno y Escandón, dos orientaciones metodológicas y formativas: de una parte el método racional, tomando este término en su sentido propio, como método experimental en el cual la razón llega por sí misma a poseer la verdad, y de otra parte el método fundado en la tradición y en la autoridad.

Este planteamiento ecléctico y ambivalente se refleja también en la Corte borbónica; en efecto el Rey Carlos III expulsa a los jesuitas y expropia sus bienes; pero por otra parte se muestra conservador en lo económico y político y en lo educacional.

A pesar del carácter conciliador de las tendencias que buscaba el plan de estudios de Moreno y Escandón, dicho plan nunca fue puesto en práctica de manera obligatoria u oficial, por no haberlo aprobado la Corte, pues encontró resistencia entre los que en esa época dirigían las universidades. Sin embargo alcanzó a ser experimentado durante dos años en San Bartolomé y en el Rosario, con magníficos resultados.

En 1779 se reunió la Junta de Estudio y esta resolvió promulgar un nuevo plan que significaba un regreso al anterior; en particular, con respecto a la filosofía se decía: "... queriendo que se enseñe y explique del modo escolástico de antes, pero separando y purgando de ella

todas aquellas cuestiones que por reflexas e impertinentes se reputan inútiles. De cuyo modo cómodamente podrán (los jóvenes) instruirse en la teología escolástica dogmática y moral pura y sana" (3).

Se observa a través de estos planteamientos, la presencia inicial de un nuevo espíritu que intenta salir a luz, pero de otra parte el temor ante ese nuevo principio que implicaría dar demasiado crédito a la razón y fomentar una actitud de confrontación frente a las enseñanzas y al sistema de vida tradicionales. La universidad contó con fuerzas eficaces para contener al menos temporalmente lo que se apreciaba como una amenaza al sistema establecido.

Hubo después otras oleadas del espíritu ilustracionista que alcanzaron a tocar a la universidad; pero al parecer rebotaron y quedaron por fuera de ella; nos referimos a la presencia y acción de José Celestino Mutis y la Expedición Botánica. Los neogranadinos contemporáneos de Mutis y Caldas y los virreyes hablaban desdeñosamente de la enseñanza ergotista y reclamaban una educación fundada ya sobre métodos modernos y cuyo contenido fueran las ciencias experimentales.

Se puede observar que las personas representantes de la nueva tendencia, son en un comienzo muy pocas; luego ese grupo va aumentando; pero al comenzar el siglo XIX todavía es débil. Esto se refleja en la excusa que se encuentra para no impulsar el nuevo método y que arguye falta de fondos económicos para poder apoyarlo; pero el peor síntoma es la falta de interés de la gente: es manifiesto que la sociedad no se ha imbuído aún de la conveniencia o necesidad del cambio. A propósito de las cátedras de física y matemáticas, que la ausencia de Mutis había dejado vacante, decía el virrey Mendinueta en su relación de mando: estas cátedras " carecen de rentas y aún de discípulos porque no abren carrera para las demás ciencias, como la filosofía escolástica "(4). Se puede percibir por tanto en qué sentido van todavía los verdaderos intereses sociales.

Si se registran algunos avances notables, aunque sean esporádicos, que tienen repercusión en el campo científico y en las gestas libertadoras, dichos avances no pueden atribuirse a la universidad, más bien se podría decir que toman cuerpo fuera de ella.

Es lo que se desprende de las palabras del virrey Mendinueta en la ya mencionada relación de mando: "Los

que tienen algunos conocimientos de ciencias puede decirse que los han adquirido más bien en sus gabinetes, a esfuerzo de un estudio particular, auxiliados de sus propios libros, que en los colegios y aulas públicas, estando en ellas limitada toda enseñanza a una mediana latinidad, a la filosofía peripatética de Gaudín, a la teología y derecho civil y canónico según el método y autores que prescribió la Junta de Estudios de 1779, derogando al mismo tiempo el sabio plan que regía apenas desde el 74, formado por el fiscal que fue de esta audiencia Doctor Francisco Antonio Moreno y Escandón, con una ilustración y método superiores a los alcances literarios de sus contemporáneos" (5).

De ahí que el Virrey insistiera en la necesidad de crear un nuevo tipo de universidad, o sea la universidad pública, que fuera impulsora de la nueva cultura.

Para nuestro propósito importa remarcar que por influjo de corrientes externas, y concretamente de la ilustración, va irrumpiendo lo que con propiedad se puede denominar humanismo: el hombre se proyecta decididamente hacia lo terreno y se aferra a su razón y a la satisfacción de sus aspiraciones internas. Como se ha visto, estas tendencias entraban tímidamente y con dificultad a la universidad.

Se registra ya, de manera inicial, una cisura que se puede llamar alienación, en el espíritu del hombre: por un lado el saber y su método propio racional que tiende a la afirmación del individuo y a la satisfacción de sus propias tendencias, y por otro lado, la realidad social en la cual por fuerza debe vivir y que se le impone pesadamente como algo extraño y no conforme a su razón.

La primera tendencia está representada por grupos minoritarios, y la segunda por la gran masa que tiene el peso suficiente para imponerse. Pero bien miradas las cosas, se registra ya un fenómeno nuevo en el seno de la universidad, fenómeno que afecta la conciencia misma de las personas; este hecho nuevo, ciertamente no se presentaba en la universidad colonial: en esta, todo o sea el saber y la orientación moral conflúan hacia un solo objetivo bien claro.

2.2 La universidad pública

2.2.1. Origen

La universidad pública pudo ver la luz por primera vez en 1826 por medio de la ley del 18 de marzo que creó las universidades de Quito, Bogotá y Caracas; el decreto número 3, de octubre del mismo año firmado por Santander como Vicepresidente y por José Manuel Restrepo como secretario del interior, reglamentó su funcionamiento. Este hecho se explica ampliamente por las necesidades que se hacían sentir una vez obtenida la independencia: el nuevo estado necesitaba formar y ampliar su propia clase dirigente y capacitarla para asumir sus nuevas tareas en la administración pública, en las labores educativas y en las actividades que exigía el desarrollo del país, fundadas en la técnica y en las llamadas "ciencias útiles".

2.2.2. Apertura científica e implicaciones morales

La universidad, según el decreto tendría cinco facultades: filosofía, jurisprudencia, medicina, teología y ciencias naturales; la reglamentación era minuciosa y parece haber sido redactada con base en el plan de Moreno y Escadón, pues tiene con este semejanzas no solo de forma, sino de contenido.

El espíritu de la ilustración se mostró en este momento más fuerte que antes; pues ya contaba con un grupo de personas influyentes formadas en la atmósfera de las reformas borbónicas y que habían recibido el influjo de Mutis en calidad de colaboradores directos de la Expedición Botánica y eran lectores de los españoles ilustrados, en especial de Jovellanos y de Feijoo.

El nuevo plan de estudios establecía la enseñanza de la economía política cuyo texto básico debería ser el del economista liberal francés Juan Bautista Say; además, para el derecho y la filosofía se utilizarían las obras de Jeremías Bentham.

Este autor es un representante de la filosofía de la ilustración; su doctrina se enmarca dentro del utilitarismo: el principio de la utilidad lo subordina todo a dos móviles: buscar el placer, evitar el dolor. Este principio es la expresión de lo que hemos denominado la razón, la cual busca la realización de sus tendencias internas. Aquí se patentiza la oposición al principio de la moral tradicional que se funda en los preceptos positivos o externos y que frecuentemente exigen al hombre la renuncia a la satisfacción de sus

may tendencias.

La implantación de los principios morales de carácter utilitarista pareció desde un principio un peligro para la moral y para la formación humana tradicionales; implicaba, a las claras una transmutación de valores.

Fue entonces cuando la lucha ya iniciada desde hacía medio siglo con el plan Moreno y Escandón, se hizo más fuerte y exigió definiciones y compromisos frontales.

Entre los abanderados de esta corriente ilustracionista se cuenta en Colombia el general Francisco de Paula Santander: este prócer no solo se preocupó por crear universidades públicas que formaran a los hombres que debían enrutarse la historia de estos pueblos, sino que además quiso imprimirles un sello y una orientación adecuada a las exigencias de la época: procuró una formación humana que abriera las posibilidades de afianzar la libertad que empezaba a construirse.

Santander sostenía correspondencia con Bentham y probablemente él mismo hacía la defensa de los principios benthamistas en forma anónima en el periódico "El Cachaco."

2.2.3.1 Enfrentamiento de las dos corrientes humanísticas

La lucha entre la corriente tradicionalista y la nueva filosofía, que en el fondo representan distintas concepciones del hombre y de la sociedad, continúa a lo largo del siglo XIX. De una parte los que temen que la nueva doctrina desencadene una ola de libertinaje y de abusos; las guerras civiles, la pérdida de los valores morales y las conspiraciones se atribuyen sin vacilación a las doctrinas de Bentham y de los demás autores racionalistas; de otra parte, los que piensan que la doctrina tradicional no responde a las exigencias de progreso material de la época y se esfuerzan por implantar una cultura y una formación humana que proyecte al hombre en busca de su bienestar presente y terrenal.

Las dos corrientes humanísticas tuvieron momentos alternos de predominio y al vaivén de los altibajos políticos se movió también la universidad; el enfrentamiento ideológico llegó a su clímax en la década de los setentas del siglo XIX, con la denominada

"polémica de los textos". Pero el grupo de hombres impulsores de las nuevas ideas, no logró remover o cambiar la mentalidad popular; en la tradición del pueblo se apoyaban precisamente los que se batían en defensa de la cultura tradicional. Durante la época de la regeneración se afianzó, y por un largo período, la corriente tradicionalista: fueron cincuenta años en los cuales la universidad no realizó ningún desarrollo científico; no se promovió la investigación; se volvió al método antiguo de estudio; en cuanto a la formación humanística se desconoció la libertad de cátedra y de pensamiento y se trató de desterrar y de hacer abominables los grandes autores del pensamiento moderno.

2.2.4 Sentido histórico del anterior enfrentamiento

Hoy en día, y miradas las cosas imparcialmente, hay que decir que el nuevo principio del humanismo racionalista es un hecho histórico irreversible, que toma cada día más fuerza y hay que contar con él y encararlo con decisión en la acción educativa humanizante.

Cuando decimos que se trata de un hecho histórico, queremos significar que es algo nuevo, fruto de una evolución necesaria y que una vez dado ese hecho, seguirá tomando fuerza aunque las corrientes reaccionarias logren retardar por un período de tiempo más o menos largo, su plena manifestación.

No queremos dejar, con lo dicho aquí, la impresión de que de las dos posiciones que se enfrentaron históricamente, una es totalmente buena y la otra totalmente mala; toda actitud maniqueísta es parcial, simplista y formalista y aún los que se consideran críticos, caen frecuentemente en esta posición superficial y de partido.

Tampoco nos agradaría caer en el eclecticismo que escoge, parte de un lado y parte del otro y trata de ensamblar una síntesis artificial y conciliatoria. Esta es, en verdad una posición cómoda que quiere quedar bien con los unos y con los otros, sin que logre al fin dejar satisfecho a ninguno.

Optamos aquí por una tercera posición, quizás más difícil pero que consideramos más objetiva y fecunda, a la cual denominaremos histórica o evolutiva, para soslayar así, términos que en su uso actual tienen una connotación de facción o partido.

Esta posición quiere llamar la atención de los educadores y de los hombres de universidad en el sentido de comprender el momento histórico y favorecer la vida y la fuerza propia del hombre, que lo impele hacia adelante, así sea contrariando realidades que en un momento dado son caras a nuestros afectos, pero que por la ley del desgaste de todo lo particular, no pueden conservar el valor o la vigencia que tuvieron en su hora.

Siguiendo esta opción histórica que hemos propuesto, es obligado decir que la nueva cultura que irrumpía sobre los valores tradicionales, era un hecho positivo de progreso, en cuanto que significaba la afirmación del hombre por sí mismo: éste quería poseer plenamente y por su razón las cosas, el universo entero y también quería fundamentar en su razón, los valores morales que debían regir su acción.

Esta actitud amenazó con romper la estructura social establecida, ya que condujo al hombre a un subjetivismo o individualismo exagerados, lo cual engendró en ocasiones, terror y abusos. Quizás en un principio el hombre pensó optimistamente que el nuevo saber conquistaría pronta y fácilmente el mundo: bastaba difundir la luz y todo cambiaría: surgiría un nuevo mundo; pero la experiencia se encargó de demostrar que la labor era ardua y que habría que luchar para conquistar palmo a palmo el ideal de un mundo racional.

Aplicando su razón al mundo material, o sea investigando y desarrollando la ciencia, la realidad externa se le hace racional y dominable; pero no logra el hombre con el mismo éxito hacer racional el mundo del espíritu, o sea el mundo de los valores: en este campo, al aplicar la razón, cae en un relativismo que en vez de darle seguridad, se convierte en peligro. -Cuál será la solución? Retroceder incondicionalmente al esquema tradicional de valores, sería renunciar al nuevo principio, o sea a su razón. El postulado para el hombre moderno no puede dejarlo en la duplicidad como quería Kant, sino conducirlo a una unidad actual en la cual, los mismos valores y el humanismo moderno, sean un humanismo científico. Mientras no se alcance este la actitud deberá ser, al menos, abierta y de búsqueda, no de temor y de restricción.

LA UNIVERSIDAD COLOMBIANA DEL SIGLO XX

Consideramos la universidad colombiana de este siglo, bajo un mismo signo, o si se quiere, bajo un mismo espíritu: es lo históricamente nuevo que empieza a manifestarse con fuerza en Córdoba (Argentina) y que es común a todas las universidades latinoamericanas. También ahora, como en la época anterior, subsisten enfrentados dos principios; pero el vigor del nuevo, va haciendo que se manifieste cada vez con más fuerza.

Las dos épocas que aquí queremos proponer, se distinguen por el grado de desarrollo científico y tecnológico; pero más aún por la mayor conciencia de la urgente necesidad de aplicación y encauzamiento de estos logros hacia el bien de toda la comunidad.

Lo que importa es que el educador agudice su sentido histórico y crítico, y sea capaz de ayudar a que el nuevo principio vea la luz con el menor desgaste y las menores pérdidas posibles.

3.1 Primera etapa

3.1.1. Origen

A pesar de los aires de renovación de la universidad colombiana registrados desde finales del siglo XVIII, solo en el siglo XX encuentran aquellas corrientes renovadoras el clima social adecuado para empezar a producir su resultado.

En efecto, el ambiente social empieza a cambiar terminada la primera guerra mundial. Las causas de esta nueva época son, unas de carácter internacional y otras de carácter nacional. Entre las primeras están principalmente la misma guerra que conmovió al mundo y la revolución rusa de 1917; en el plano nacional, la afluencia de dineros que permitieron en un momento dado un especial impulso económico: el país tuvo cierta holgura debido a la indemnización pagada por los Estados Unidos por la desmembración de Panamá; se registraron además algunos empréstitos externos e inversiones extranjeras en petróleo, minería, empresas agrícolas y servicios públicos.

Estos factores determinaron algunos cambios sociales: la

gente empezó a dejar, poco a poco, el campo y a radicarse en las ciudades; se inicia para Colombia la era del desarrollo industrial.

3.1.2. Desarrollo Científico

Este despertar social, económico e industrial hizo sentir la necesidad de adecuar el sistema educativo: la ley 57 de 1923 autorizó al gobierno para contratar una misión alemana que realizara un estudio y formulara las recomendaciones adecuadas para el sector educativo; surgió entonces la idea de una universidad integrada, que reuniera las facultades dispersas y que estuviera dotada de autonomía académica y administrativa; esta idea no tuvo realización práctica inmediata; pero conservó la vitalidad suficiente para que en la década siguiente empezara a hacerse realidad.

La ley 68 de 1935 integró las escuelas, que se habían mantenido dispersas, ordenó la construcción de una ciudad universitaria y concedió en cierta medida, autonomía administrativa y académica a la institución. La parte académica y científica trataba de responder a las necesidades del país abocado al proceso de industrialización. Se instauraron nuevas facultades y nuevos estudios profesionales como arquitectura, veterinaria, agronomía, química, economía, administración de empresas, etc. Se trató de impulsar la investigación en la universidad y de unirla con la docencia. El nivel académico y científico se vio favorecido por la instalación de laboratorios y bibliotecas y con la mayor participación del estudiante en el proceso de enseñanza-aprendizaje. Fue naciendo otro tipo de universidad, en virtud de los métodos de vinculación del profesorado y de admisión del estudiantado; en efecto se establecieron concursos y oposiciones para los primeros y exámenes de admisión para los segundos. Estos métodos aplicados con rigor, podían ir aboliendo la universidad de privilegio.

Es verdad que todo lo anterior representaba un avance con respecto al desarrollo científico que había tenido hasta el momento la universidad; pero con respecto a los requerimientos de nuestro desarrollo y a los avances de otras naciones, nos dejaba muy rezagados.

3.1.3. Desarrollo humanístico

Pasando ahora al campo del desarrollo moral y

humanístico, podría alguien pensar que en este campo no se registra propiamente un avance; que las ideas nuevas son peligrosas o degradantes y que más bien se puede registrar una desmoralización por el surgimiento de aquellas ideas. Es este, en verdad, un asunto bien controvertido, debido principalmente a que se ven comprometidos o afectados intereses privados o particulares aún vigentes. Para mucho, el avance moral y humanístico consistiría solo en que todo el mundo pusiera en práctica preceptos positivos que se han considerado definitivos hace mucho tiempo y que dejan a salvo las estructuras establecidas. Pero, por ley inexorable de la historia y del desarrollo propiamente humano, se van registrando cambios o más bien avances en la conciencia y en la libertad de individuos y pueblos.

- Cuál sería pues el desarrollo operado en este campo durante la época que corre desde el final de la primera guerra mundial hasta los años sesentas?

Hay un hecho que ha servido como punto de referencia del desarrollo universitario en América Latina durante el presente siglo: es el movimiento de Córdoba registrado en 1918. Quizás se puede hablar de un ambiente general o de una ola que recorría el continente en aquella época; en efecto, en Colombia ya desde 1920 estudiantes y profesores iniciaron la crítica de la universidad tradicional: se solicitaba libertad de cátedra y participación de aquellos estamentos en el gobierno.

En 1928 el Congreso estudiantil reunido en Ibagué insistía en los mismo puntos anteriores y además incluía en sus reclamaciones, algunas de carácter social en beneficio de las clases trabajadoras y de la mujer. Al año siguiente, el estudiantado participó activamente en los sucesos políticos de junio que produjeron un cambio administrativo en la ciudad de Bogotá y causaron la muerte del primer estudiante como víctima de la violencia.

Estos hechos inusitados y el ambiente general que se empezaba a respirar en las universidades eran en parte resurgimiento de ideas represadas de tiempo atrás y que apenas ahora, debido a factores sociales especiales, lograban salir a flote; en parte también estaban estimulados por corrientes nuevas de pensamiento que alcanzaban a llegar de más allá de las fronteras patrias. Estas nuevas ideas estaban representadas por nombres como Darwin, Kant, Hegel, Marx, Engels, etc. La juventud de entonces, según el criterio de personas autorizadas, adhirió a consignas revolucionarias y las

aceptó más porque resultaban en armonía con sus anhelos y simpatías, que por un conocimiento y reflexión críticos que analizaran las nuevas doctrinas frente al proceso histórico de la nación colombiana. En realidad el trabajo académico en la universidad no era favorable a la profundización y al estudio de las nuevas corrientes: en la práctica no existía la libertad de cátedra, por la cual apenas se empezaba a luchar. La universidad colombiana, en cuanto se refiere a las ideas nuevas, se había conservado en un estado de aislamiento; las consignas revolucionarias solo penetraron hondamente en algunos grupos del estudiantado, rompieron de golpe el petrificado hermetismo de la universidad tradicional y abrieron el camino a la alianza política entre obreros y estudiantes de avanzada.

El ambiente popular, a pesar de los cambios profundos que empezaban a registrarse en lo económico y social, no iba aún tan lejos y la fuerza política de los partidos terminó imponiéndose; el resultado fue un afianzamiento de las ideas liberales. Estas ideas y los reflejos del materialismo dialéctico e histórico siguieron produciendo algunas escaramuzas de tipo social y político; como es natural, estos hechos suscitaron el correspondiente movimiento de reacción, el cual en este caso fue decididamente fuerte. La lucha se concretó en los dos partidos políticos y se extendió al terreno educativo: la política educativa y el espíritu de la reforma universitaria de signo liberal, eran calificados por la contraparte, de materialistas y ajenos a la tradición espiritualista y cristiana del país.

Durante esta época, las cosas empiezan a invertirse: surgen grupos de avanzada que cultivan y propalan ideas socializantes; pero la formación que se imparte en la universidad y el ambiente social prevalente es de tipo liberal.

3.2. Segunda etapa

3.2.1. Origen y características

Es necesario dar un paso adelante para poder encontrar la verdadera universidad contemporánea; ésta se inicia en la década de los setentas y con pocas variantes no sustanciales se proyecta hasta nuestros días. Para caracterizarla conviene recordar que en los años que siguieron a la segunda guerra mundial se vió la necesidad de buscar un desarrollo nacional integral que aunara los diversos esfuerzos particulares hacia un solo

bienestar común: era urgente racionalizar todo el sistema a fin de prever los requerimientos, las dificultades y las metas a corto y largo plazo. Comenzaron entonces a venir al país diversas misiones de diagnóstico y planeación científica. Se intentó, como requisito de este desarrollo planificado, hacer un plan integral de la educación y más concretamente de la superior.

Estas tendencias son las que explican el surgimiento de las instituciones de coordinación educativa como el Fondo Universitario Nacional (1954) y la Asociación Colombiana de Universidades (1957).

Otra característica proviene del gran desarrollo científico y tecnológico que siguió a la segunda guerra mundial: las naciones protagonistas en la confrontación bélica, adquirieron o aumentaron considerablemente su ventaja con respecto a las naciones menos comprometidas. Esto colocaba a aquellos países en condiciones de exportar no solo bienes, sino tecnología avanzada a los segundos.

Un factor que también es necesario tener en cuenta en esta nueva figura de la universidad es la gran presión de los aspirantes a ingresar a la educación superior. En este fenómeno se patentiza la aspiración popular en procura de un mejor nivel de vida, pues la educación es considerada como un factor de promoción social.

Estas tres características a saber: la planeación integral, el desarrollo científico y tecnológico y la gran demanda de educación, no deben aparecer como inconexas: en el fondo se articulan en el concepto del desarrollo socioeconómico que implica una mayor distribución, mediante la racionalización y una tendencia generalizada a mejorar la calidad de la vida de toda la comunidad, con base en el aprovechamiento de los bienes que ha generado el avance científico y tecnológico.

Consecuencia de la anterior situación fue la apertura de la educación superior: surgieron numerosas instituciones universitarias, particularmente de origen no oficial y se inició la democratización de este nivel de la educación.

3.2.2. Avance científico

Refiriéndonos ahora a la calidad de la educación universitaria, esta no alcanzó el nivel que se pensó inicialmente: la universidad, según parecer de personas conocedoras de la realidad académica, se convirtió en un politécnico disfrazado, dedicado a dar formación profesional; pero sin posibilidades de desarrollo científico y tecnológico autónomo.

El criterio básico que empieza a regir la universidad, de acuerdo con los planes propuestos, es el de empresa; por tanto debe regirse por los criterios de inversión más o menos inmediatista y debe ser administrada teniendo a la vista los parámetros de costo-beneficio.

La universidad, sobre estas bases quedó casi limitada a la docencia o transmisión de conocimientos científicos y de tecnología; pues la investigación resultaba muy costosa y poco competitiva, frente a otros países más avanzados; estos gozaban ya de la infraestructura y al parecer, para Colombia era más práctico importar tecnología.

La investigación se realizó entonces más intensamente por fuera de la universidad que en el seno de ésta y motivada por intereses más particulares o específicos; la investigación universitaria se hizo en forma descoordinada y por tanto no pudo justificarse mostrando aplicaciones prácticas de valor.

Quizás es esta la verdadera razón de la afirmación que dice que la universidad se divorció de la realidad. En efecto, por esta vía no era posible promover un desarrollo propio; los mismos profesionales formados en este molde, no han despertado en sí mismos la capacidad creativa para abrir fuentes de trabajo; son más aptos para entrar a aplicar sus conocimientos en empresas o instituciones públicas y privadas ya establecidas. No fueron estos seguramente los propósitos implícitos de los que ideológicamente iniciaron este nuevo período de la universidad; pero, aquí no estamos haciendo una crítica a lo que se planeó o expresó, ni a las intenciones implícitas, sino a la situación real que se ha venido presentando.

3.2.3. Desarrollo humanístico

Al desarrollo académico de la universidad contemporánea, corresponde por su parte un desarrollo humanístico interesante que es conveniente analizar para poder asumir como educadores una actitud consciente y positiva.

Ya hemos visto en los momentos históricos que antes hemos tocado, cómo los principios morales y los valores que en sus comienzos aparecían repudiados y repudiados, fueron cobrando fuerza, a pesar de que por un tiempo más o menos largo se logró reprimirlos; el derecho de la razón, que era lo que en último término se trataba de afirmar por parte de las corrientes personificadas en sus respectivos momentos por Moreno y Escandón o por Bentham, terminaron imponiéndose en el ambiente general, sin que este hecho signifique que ahí termina el proceso evolutivo de la formación humana.

Pero, en la actualidad, aún aquellos principios que en su momento cobraron vigencia, empiezan a ser superados por una nueva conciencia. Un hecho que puede ser significativo es que los dos partidos tradicionales de Colombia, que en el siglo XIX y primera mitad del XX, fueron los abanderados de las corrientes humanísticas que chocaban entre sí, llegaron a ver difuminadas sus fronteras ideológicas. Lo que ha sucedido, al parecer, es que el punto álgido de confrontación ya no es el anterior; el punto cuestionado hoy en día es el que enfrenta a los dos bloques en que se halla dividido el mundo y frente a este dilema, las demás controversias que en su momento fueron decisivas, pasan a un segundo plano.

Cuando se habla de la pérdida de los valores morales en el plano social general, o de la deshumanización de los estudios universitarios, habría que mirar estas afirmaciones desde el punto de vista histórico ya que la evolución humana tiene sus leyes necesarias que determinan el campo de los valores; el predominio de la orientación profesionalista y técnica, así como la progresiva desestimación de los programas de humanidades y ciencias sociales, puede deberse, quizás, a que la manera como se quieren enseñar e inculcar los valores humanos no corresponde a la visión que el hombre actual tiene del mundo y a sus íntimas aspiraciones.

3.2.4. Nueva convergencia entre ciencia y valores

Conviene pues en este momento, detectar las tendencias que se manifiestan en el ambiente universitario y que apuntan hacia una nueva convergencia entre el saber y los valores y hacia una nueva integración entre el individuo y la sociedad.

a. Apatía del universitario frente a ciertos valores

No carece de importancia un hecho que se constata repetidamente cuando se agudizan los problemas universitarios: se acusa a los partidos políticos de haber abandonado a la universidad a su suerte; con esto se está insinuando que los partidos dejaron el campo despejado a nuevas corrientes de pensamiento de origen foráneo. Ante tal inculpación, valdría la pena averiguar si no fueron más bien los estamentos básicos de la universidad los que fueron perdiendo interés por los planteamientos de los políticos. Si esto fuera así, el hecho indicaría ciertamente que los hombres de universidad, a partir de su visión y su hábito científicos experimentan la necesidad de nuevos valores.

Es verdad que sectores minoritarios han querido llenar el vacío dejado por los políticos; frente a estos grupos activistas las mayorías estudiantiles se muestran indecisas, pues las ideologías nuevas no tienen respaldo suficiente en la conciencia popular. Tampoco acuden decididamente los universitarios al llamado de los directivos cuando, en momentos difíciles y de violencia se les convoca a unirse y defender a su universidad. Se ha enrostrado a profesores y estudiantes la falta de compromiso ideológico.

- Cuál será la razón de esta actitud de inactividad? Habría que buscarla, ante todo, en la misma educación que se le está ofreciendo al estudiante; algo tiene que fallar en la formación: la universidad se ha preocupado casi totalmente por la capacitación del profesional y no logra ofrecer una formación integral al hombre. Aquella orientación que en el fondo se sabe que tendría receptividad por parte de la juventud, intencionalmente se obtaculiza y se degrada. El estudiante, no logra en síntesis, identificarse como otros tiempos con la universidad y sentirla como su alma mater. En estas circunstancias las invitaciones hechas a la juventud para que defienda a la institución, carecen de fuerza de convicción: pues su espíritu posee aún la simplicidad y autenticidad natural que le impiden luchar en favor de

algo que no le convence ni satisface en el fondo de su ser.

Sin embargo, el estudiante persiste ahí, porque de momento quiere aprovechar lo único que en realidad se le ofrece: una profesión.

El educador y la sociedad entera, como responsables de esta situación, deberían interrogarse seriamente por las razones profundas de este palpable vacío de formación humana y no escatimar sacrificios para dar respuestas amplias y positivas a la juventud.

- b. Desenfoque de los planes de estudio y su método, con respecto a la formación humana.

Los planes de estudio suelen ser elaborados en condiciones rígidas, para responder a situaciones concretas de una sociedad determinada. Se exige un cubrimiento total y pormenorizado de los diversos contenidos del programa; se tiene que si todos y cada uno de los estudiantes no cubre ese plan en su integridad, no van a poder responder a la demanda profesional y técnica actual; de esa manera, los planes de estudio están matando la creatividad y su fundamento que es la capacidad investigativa; el estudiante formado en esos moldes, no tiene en su mente otra perspectiva que buscar su empleo en ese tipo de estructura productiva y de servicios que tácita pero efectivamente le infundieron durante el desarrollo de sus estudios.

En consecuencia, muchas cosas se ocultan detrás de esta manera de concebir y desarrollar los planes de estudio: el estudiante sale verdaderamente condicionado y amenazado por una posible o real situación de desempleo, si es que la estructura laboral existente no alcanza a absorber la oferta de trabajo.

Frente a esta situación, hoy en día se requeriría dar verdadera libertad de cátedra y de aprendizaje que llegara hasta los mismos planes de estudio; se removería así un obstáculo a la creatividad de profesores y estudiantes; no se les encasillaría en un saber ya hecho, que sirve y mal, para una estructura ya establecida. Se debe pues dar libertad para plantear problemas y buscar soluciones, aunque no se encuadren tan armoniosamente en un currículo preestablecido. Liberaríamos así al estudiante de unos arquetipos que lo condicionan a pensar que solamente podrá actuar en la

3.2.4 medida en que con unos conocimientos dosificados y definidos, encuentre las situaciones también preestablecidas.

Lo anterior nos permite descubrir en la misma proyección científica, implícita una formación humanística muy cerrada, que la actual estructura productiva y social no tiene fuerza y decisión de romper.

Al hablar de los planes de estudio, es oportuno tratar expresamente acerca de los estudios humanísticos y del complemento humanístico de los estudios profesionales.

Ante todo hay que tener presente que el estudiante universitario ha venido acostumbrándose al método racional y experimental: ha venido adquiriendo un método científico y lo que no se ajusta a ese método, cae fuera de su campo de verdadero valor.

Infortunadamente, cuando pasa al campo académico de las humanidades, experimenta que está pisando otro terreno; percibe un mundo vacilante, caprichoso y oscuro. Por esta razón, las humanidades quedan para el estudiante en un nivel inferior, en un nivel no científico: el universitario no logra integrar estas dos facetas y se siente alienado, en un mundo desintegrado.

Es necesario, por tanto, esforzarse generosamente para poder impulsar en la universidad, no cualquier clase de humanismo, sino un humanismo de carácter científico que logre comprometer al estudiante en lo íntimo de su ser.

Es éste un desafío, que parece colocarnos ante una meta utópica; pero que va abriéndose camino por el peso de los hechos nuevos que se imponen.

c. Fe en la ciencia y en la tecnología e interés por la investigación.

Es un hecho que la universidad está haciendo un esfuerzo grande por brindar educación al mayor número posible de estudiantes; el número de egresados de las diferentes carreras, ha ido en ascenso y se conserva la tendencia a continuar aumentando. Sin embargo, es también innegable que las necesidades sociales han ido acrecentándose y que la calidad de la educación que se imparte, no alcanza el nivel que exigirían las soluciones que

aquellas demandas.

Por sobre este panorama, emerge la fe en la capacidad de la ciencia para satisfacer las necesidades primarias y aún para brindar al hombre holgura y recreación. En el fondo de esta fe en la ciencia moderna, se puede descubrir su profunda vinculación con los valores de orden social; pero para que la ciencia y la tecnología lleguen a producir esos beneficios sociales y humanos, se requiere empezar por una formación universitaria que vaya más allá de la mera formación profesional que actualmente se imparte: se requiere una formación humanística integral.

Se ha pensado que es precisamente la interdisciplinari-
dad la que debe dar al cultivo de la ciencia esta dimen-
sión; pero entonces la interdisciplinari-
dad no debe quedarse en un cientifismo o tecnicismo más sofisticado
y más amplio; sino que debe llegar a involucrar con
visión científica el campo de los valores sociales, o
sea el de la aplicación y uso de la ciencia, en
beneficio social integral.

La educación a través de la historia, ha estado siempre
condicionada por intereses sociales; cabría aquí
recordar los momentos históricos que hemos analizado en
los siglos XVIII y XIX; la historia nos demuestra cómo
prejuicios de orden valorativo, más o menos ocultos o
inconscientes, impidieron el avance científico; esta ley
es válida también en las presentes circunstancias
históricas; pero desentrañar el profundo significado de
esta afirmación resulta bastante difícil.

Quizás no se ha penetrado cabalmente en la razón por la
cual ha tomado tanto auge la actividad docente magistral
de transmisión de conocimientos, en desmedro de la
investigativa. Se dice, de una parte que en la
universidad se debe investigar o que hay que desarrollar
al menos la capacidad investigativa; que en la
actualidad, más que una capacitación específica
profesional o técnica, lo que se requiere es una
capacitación general, a fin de que el egresado esté en
condiciones de buscar soluciones a problemas concretos
siempre nuevos en este mundo cambiante. Desafortunada-
mente estos requerimientos quedan en el papel.

Contrariamente a los anteriores enunciados se afirma de
otra parte, que la investigación es demasiado costosa y
que además carecemos de la infraestructura y el recurso
humano requeridos para adelantar verdadera investiga-

ción. Las anteriores aseveraciones parecen más bien disculpas, que de modo quizás un poco inconsciente pretenden ocultar las verdaderas causas .

Para investigar se requiere, ante todo, ser conscientes de los problemas y querer eficazmente buscarles solución. Estos problemas, no habrá que solucionarlos todos a la vez, ni tampoco empezar por los mayores. Pero, en el fondo, no conocemos nuestros problemas en su plena dimensión; solo se buscan respuestas inmediatistas y fáciles que más bien ocultan o disimulan momentáneamente las verdaderas necesidades. Tampoco se puede decir que hay una voluntad eficaz de buscarles solución a los problemas; pues se impone en definitiva, por razones más poderosas, la actitud de conservar las cosas en su statu quo.

Esta convicción generalizada sobre la necesidad de la investigación, manifiesta la fe en la ciencia de que hablábamos antes; existe la fe en que la ciencia y la tecnología pueden dar solución a los acuciantes problemas sociales, a condición de que la ciencia alcance ella misma su proyección social, o sea, a condición de que la ciencia se abra a la aplicación moral de sí misma.

- d. Reflexión crítica de la ciencia y la tecnología sobre el alcance social de sus logros.

Como herencia de cinco siglos aproximadamente de desarrollo de las ciencias positivas, vino a generalizarse la creencia de que la ciencia está libre de valores: uno era el campo del desarrollo científico y otro el del desarrollo humanístico; esto es lo que vimos al hablar de la universidad inspirada por la corriente de la ilustración y de las demás figuras de la universidad que siguieron a aquella.

Pero en las últimas décadas constatamos que empieza a surgir desde el campo científico, una nueva conciencia, la cual va tomando cada día más fuerza. A esta nueva conciencia es a la que debemos prestar oído atento para poder situar el problema en su verdadero alcance y profundidad.

En primer lugar está el hecho de que la opinión pública se ha colocado ya ante la actividad de los científicos y les ha enrostrado su indiferencia ante las repercusiones prácticas nocivas de algunas de sus investigaciones; se

ha llegado hasta inculparlos por haberse prostituido a los intereses de industriales y gobiernos.

En segundo lugar, la misma conciencia popular ha empezado a juzgar y valorar la inversión en el desarrollo científico y los reales efectos de sus logros; pues se apoya desmesuradamente con costos altísimos la investigación en los países desarrollados, mientras gran parte de la población mundial no alcanza siquiera a satisfacer sus necesidades primarias; además se ha llegado a pensar que todo tipo de investigación resulta ser opresivo, ya que aumenta el poder dominador de las naciones avanzadas.

Es verdad que la ciencia y la técnica han llegado no pocas veces a pervertir su auténtico y correcto objetivo y han logrado refinar métodos sofisticados para influir aún psicológicamente en la gente y hacerles aceptar como normal e inmodificable lo que en realidad es opresivo y degradante, pero que produce beneficio para unos pocos.

Esta situación de desequilibrio apoyada precisamente en los avances científicos y tecnológicos es lo que ha despertado la nueva conciencia, la cual ha llegado también a la universidad. Estudiantes y profesores empiezan a cuestionarse al respecto y reclaman una autonomía que al parecer va más allá de la autonomía institucional que se pretendía hasta hace unas décadas; en efecto, lo que en el fondo se quiere reivindicar es la autonomía del saber y de la tecnología; hoy se pregunta: - para qué se investiga? - a quiénes va a favorecer el desarrollo tecnológico? Mientras no se dé respuesta clara y satisfactoria a estos interrogantes, no habrá aliciente ni entusiasmo para la actividad auténticamente científica, por lo menos en el ámbito universitario.

En otros medios y por motivos diversos sí se podrá avanzar la investigación. Los logros en el campo científico, se pretende frecuentemente mantenerlos en reserva; no se da acceso a la información, la cual se considera de dominio y para beneficio privado. Pero el saber por su misma naturaleza resulta a la postre no ser algo esotérico ni de carácter privado; así se evidencia por ejemplo en el alcance universal de ciertos pasos de la ciencia, cuyo desarrollo compromete a toda la humanidad. Podemos aventurar la afirmación, sin querer con ello pisar los terrenos de la ficción, de que la ciencia se mostrará cada vez más comprometida con la suerte y el bien, no de unos sino de toda la especie humana.

Este es el camino que se ha iniciado y que revela que los valores morales van superando sus fundamentos míticos y aún religiosos; van dejando atrás las ideologías y los prejuicios para enraizarse en el saber o sea en la evidencia objetiva y aún subjetiva. Podremos pues concluir que la ciencia va generando de sí misma un nuevo mundo de los valores y un nuevo humanismo.

Cuando las condiciones sean favorable para que la ciencia adquiera estas dimensiones, surgirá sin duda una nueva universidad; las tendencias que expusimos antes y que manifiestan el nuevo germen de vida en el seno de la universidad, son indicio de esta, al parecer cabalística afirmación. Por ahora es válida, y hay que aceptar que es un hecho, la realidad orteguiana de la universidad: "Se entenderá por universidad stricto sensu la institución en que se enseña al estudiante medio a ser un hombre culto y un buen profesional"(6).

Esta realidad nos deja insatisfechos; pero de otra parte es consolador el verificar que está empezando a encontrar su propio ser y su función.

Si es confortante registrar el avance y la apertura de la ciencia, y aún de la conciencia popular, hacia un nuevo humanismo, no se puede decir lo mismo, desafortunadamente, de los estudios humanísticos, de los cuales era de esperar que fueran a la vanguardia de la actual corriente renovadora. Los estudios humanísticos, por lo general, se han venido acomodando al uso y aprovechamiento utilitarista e individualista de la ciencia.

CONCLUSION

Era necesario hacer este recorrido a través de las diversas etapas de nuestra universidad para patentizar la correlación existente entre el desarrollo de la actitud ante el saber y el desarrollo humanístico.

El análisis y confrontación de los diferentes momentos expuestos, ha pretendido dejar en claro que si es verdad que ha venido registrándose ese mutuo desconocimiento entre ciencia y humanismo, de tal manera que la ciencia se consideraba libre de implicaciones morales y el humanismo no lograba penetrar eficazmente en el ámbito de las ciencias, las nuevas tendencias señalan inequívocadamente hacia la integración de saber y valor. La ciencia se ve cada vez más comprometida con el bien del hombre, tomado ya no individual sino colectivamente.

La ponencia a través de su desarrollo pretendía precisamente la demostración de un humanismo que superando los sentimientos indescifrables, las creencias fundadas en lo sacro y los intereses meramente personales, se apoya en la certeza y en la verdad científicas o sea en la razón humana; nuestro anhelo es la afirmación bien fundada, de un humanismo científico.

Si desde el punto de vista del desarrollo histórico cumplido y de la meta que pretendemos alcanzar, miramos la realidad de la universidad actual en su conjunto, esta no puede menos que aparecer notoriamente retrasada: es, en el concierto de las instituciones particulares que conforman la sociedad en su plenitud, una de las más desfasadas con respecto a las exigencias del momento histórico actual.

Si indagamos a profundidad las razones por las cuales la universidad vive en otra época, encontraremos que dichas razones son más de orden externo en relación con ella misma. El recorrido que hemos hecho a lo largo de diferentes etapas de la universidad puede ya indicarnos que la sociedad ha mirado a la universidad, a partir de la época de la ilustración con recelo y se ha venido equivocando sistemáticamente con respecto a ella; esa equivocación se ha concretado en el punto o principio vital que constituye a la misma universidad: el saber; la sociedad ha logrado condicionar, orientar y encauzar el saber o el esfuerzo hacia la ciencia. No es tanto la institución universitaria como tal la que reclama autonomía; es la razón la que busca la afirmación y el reconocimiento de sus derechos y rechaza que se la

manipule por causa de intereses o fuerzas contrarias, ajenos a ella misma.

Este temor que se ha experimentado ante el saber causado por la previsión de la nueva conducta y el nuevo humanismo que de allí pueden provenir, es en algo similar al que se experimenta en un ámbito más restringido, ante el inevitable desarrollo del niño y del joven, que a medida que adelantan en el conocimiento van también avanzando hacia su libertad y consiguientemente hacia su madurez humana; pero por ley natural este riesgo y este desarrollo son necesarios e incontenibles. La única actitud razonable ante aquel desarrollo psicológico y humano es prestar generosa y recatadamente nuestro apoyo.

Las tendencias que se manifiestan en la vida universitaria y que como digimos antes apuntan hacia una nueva convergencia o identidad entre el saber y los valores, están indicando que la universidad está ya madura para su propia identidad en el conjunto de elementos que conforman la sociedad. Está madura para ser finalmente lo que ha barruntado en su propio devenir: la institución del saber; este aunque es inagotable y diversificado debe afirmarse en cada momento de su desarrollo en forma integral, o sea de acuerdo con las exigencias y posibilidades del hombre de su época.

Hoy, la ciencia, y en el marco de la ciencia, los universitarios superando el aprovechamiento individualista de aquella, se interrogan acerca de los alcances generales o universales de la ciencia misma. En efecto, actualmente se inquiere la manera como se debe manejar el proceso científico mismo en este momento para que no asfixien al hombre. En este sentido ya se insinúa la necesidad de una planeación del desarrollo a nivel universal, a fin de que esto no pase por encima de los derechos de la actual y tal vez de futuras generaciones.

La universidad está madura además en cuanto más de sesenta años de experiencia desde el movimiento de Córdoba parecen haberle hecho tomar conciencia de que su acción específicamente universitaria, no se debe salir de los cauces del saber, sino quiere perder su propia virtud; los intentos de explorar caminos de cambio ajenos a su naturaleza, han resultado fallidos y le han hecho perder fuerzas y tiempo. La universidad al parecer realiza con base en la ciencia su propia autocritica a fin de no causarse mal a sí misma ni a los intereses y a las proyecciones de bien que representa.

Pero es verdad que la universidad no podrá por sí sola realizar este nuevo humanismo, esta nueva proyección del saber: necesita la ayuda positiva de las diversas fuerzas que constituyen la sociedad. Se trata, como decíamos antes, de una situación de riesgo y de dificultades, en la cual nuevas fuerzas trantan de afirmarse como corresponde a la ley imperiosa de la historia; la universidad está en un momento de afirmación y de riesgo, que según expresión de algunos, la obliga a cambiar o a desaparecer, por lo menos en cuanto institución participante activamente en el concierto de fuerzas actuales.

Aquella acción positiva de la sociedad, en conjunción con una táctica de la universidad que se fundamente en una visión científica de las leyes del proceso humano, aflorará como una situación ventajosa para todos.

Es hora de que con la serenidad que da el conocimiento científico de la realidad social, se realicen los cambios necesarios con menos costo en vidas humanas y en bienes: es hora de que surja la nueva universidad.



NOTAS

- (1) Letra de Epifanio Mejía
- (2) Archivo Histórico Nacional de Colombia, citado por Jaime Jaramillo Uribe en "Manual de Historia" III, p. 293.
- (3) Citado Ibid., p. 296
- (4) Citado Ibid., p. 297
- (5) Citado Ibid., p. 197
- (6) Ortega y Gasset, José, " Misión de la Universidad Revista de Occidente, en Alianza Editorial, 1982, pág. 73.

